

# Intercambios y consumo en espacios coloniales: dos casos de estudio entre el Ebro y el Segura (siglos VIII-VI a.C.)

JAIME VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ  
Servicio de Investigación Prehistórica\*

113

## Introducción

Los fenómenos de contacto cultural han constituido tradicionalmente un campo de análisis fecundo en arqueología debido a su dimensión material, pero su conceptualización teórica ha variado extraordinariamente. Específicamente, durante los últimos años se han producido renovaciones teóricas que cuestionan algunos de los parámetros interpretativos para entender los encuentros coloniales, según perspectivas vinculadas a las arqueologías postprocesuales y su interés por enfocar lo particular en los procesos locales.

Se han señalado las estrechas conexiones entre los discursos arqueológicos y el aparato ideológico occidental vinculado a la expansión colonial (entre otros Rowlands, 1998; Van Dommelen, 1997), lo cual ha generado lecturas sesgadas, cuando no colonialistas. Prueba de ello es el peso otorgado a los grupos foráneos –especialmente fenicios, griegos y romanos– en los desarrollos locales, aunque en el caso español el descubrimiento de fenicios y griegos en el registro material se hiciera, paradójicamente, desde el estudio de los grupos indígenas, como tartesios o iberos. Igual sucede en el caso que me ocupa, pues si bien los trabajos arqueológicos desde los años sesenta del siglo pasado pusieron de manifiesto la participación de esta zona en las corrientes de intercambio arcaicas (Vives-Ferrándiz, e.p.), no siempre han ido parejos a una reflexión ponderada de los grupos implicados.

En este trabajo examinaré el encuentro cultural entre indígenas y fenicios en el actual País Valenciano, aunque sin circunscribir exactamente el estudio a las fronteras administrativas. Se trata de poner de manifiesto la dinámica de unas situaciones de contacto colonial y cómo operan en ellas los mecanismos de transmisión cultural, con una escala de análisis que oscila entre lo global y lo local.

Me interesa aquí analizar el fenómeno comercial de la expansión fenicia desde la perspectiva local, lo cual implica atender los procesos de consumo en contextos sociales concretos, haciéndome eco del antiguo pero persistente debate en ciencias sociales que explora la relación entre las personas y las cosas en movimiento (Douglas e Isherwood, 1979; Appadurai, 1986: 31; Dietler, 1998: 300; Carroll, 1999: 133). La gente valora las cosas desde la perspectiva de su producción y en relación con los patrones de consumo, observables desde las prácticas asociadas al mantenimiento y reproducción de los grupos sociales y las construcciones identitarias. El valor de uso es el que interesa examinar en cada caso, es el valor subjetivo –el único que existe en términos estrictos– y que además es contingente y dinámico según las comunidades implicadas en los procesos.

\* Servicio de Investigación Prehistórica. C. Corona, 36, 46003-Valencia. [jaime.vivesferrandiz@dva.gva.es](mailto:jaime.vivesferrandiz@dva.gva.es)

Agradezco a David García i Rubert e Isabel Moreno la invitación a participar en este simposio.

El concepto de comunidad es particularmente útil para evaluar estos desarrollos, pues igual que encontramos divisiones de edad, género, parentesco o estatus dentro de un yacimiento, las comunidades pueden trascender los límites de un yacimiento (Van Dommelen *et al.*, 2005: 56). En definitiva, la comunidad se constituye por un conjunto de prácticas características de grupo, definido a través la noción de *habitus* de Bourdieu (1980: 88). Sencillamente, el contexto local mediatiza las decisiones que conciernen a la adopción de cosas que adquieren –o, mejor, a las que se otorga– significados y valores (Appadurai, 1986: 57; Thomas, 1991; Kelly, 1997: 362; Antonaccio, 2005: 101).

### El marco estructural de partida. El Bronce Final local y la diáspora comercial fenicia

Abordar el análisis desde varias escalas ofrece diferentes perspectivas de los principios organiza-

tivos de estas comunidades y los intereses puestos en juego en el encuentro colonial. Estas escalas tienen en consideración el Bronce Final como marco previo en relación tanto con el fenómeno de expansión fenicia por el Mediterráneo como con los contextos específicos a tratar (fig. 1).

Durante el Bronce Final y Hierro Antiguo se producen transformaciones en la sociedad indígena que se identifican, al menos, en dos facies culturales y socioeconómicas y reparto desigual de los recursos y objetos cuyo límite se ha convenido en marcar al norte y al sur del valle del Vinalopó (González Prats, 1992a). En el tesoro de Villena –e independientemente de la fecha que se le atribuya dentro de la horquilla cronológica del Bronce Final– se detecta la emergencia de rasgos jerárquicos, pues una concentración de riqueza como ésta indica la existencia de una elite, bien una persona o bien un grupo de jefes, que ejercería autoridad y tendría capacidad de control sobre un excedente de producción, sobre los recursos y las comunicaciones a larga distancia (Ruiz-Gálvez, 1998).

Sin duda el rasgo distintivo es el grado de participación en las redes de intercambio a larga distancia, en este caso entre el Atlántico y el Mediterráneo, intervención que no será tan intensa en el norte como en el sur a la luz de las actividades metalúrgicas de Peña Negra (Crevillente, Alicante), destinadas como es sabido a la distribución de objetos de tipo atlántico (González Prats, 1992b; González Prats, Ruiz-Gálvez, 1989) (fig. 2).

Ahora bien, tanto en el norte como en el sur encontramos territorios estructurados por la población indígena –no puede ser de otro modo– debido a su presencia efectiva en la costa y en las principales vías de comunicación y control territorial, fundamentalmente fluviales (Vives-Ferrándiz, 2005: 180) (fig. 3). Los desarrollos indígenas durante el Bronce Final deben ser integrados en el contexto más amplio de la diáspora comercial fenicia: los grupos con cierto desarrollo y control de vías de comunicación y recursos serán buscados por los comerciantes fenicios porque son los que pueden garantizar el flujo de bienes buscado. Las situaciones coloniales se entienden, desde estos puntos de vista, como dinamizadoras de factores internos socioeconómicos e integradoras de los sistemas



Figura 1. Yacimientos citados en el texto.

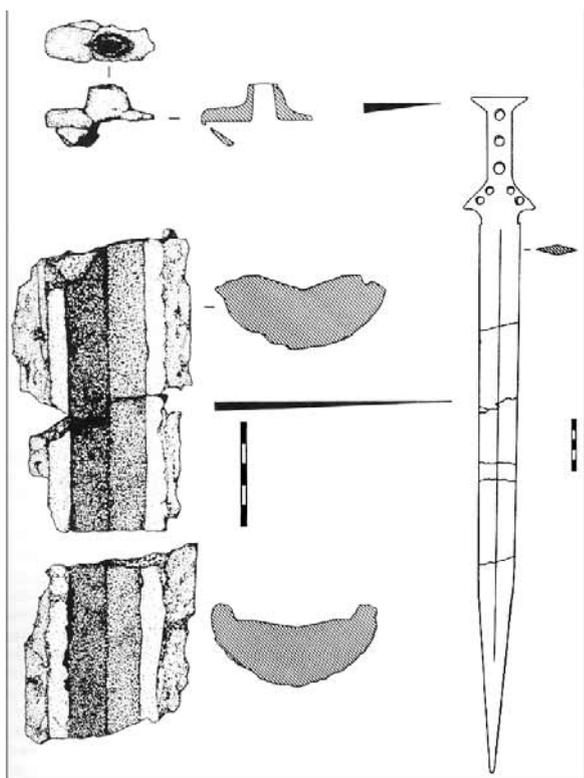


Figura 2. Fragmentos de moldes de fundición de Peña Negra y reproducción del tipo de espada producida (según González Prats, 1992b).

locales de intercambio regionales o interregionales (Aubet, 2005: 118; Ruiz-Gálvez, 2005: 252).

En la zona que nos ocupa el punto de partida de este encuentro colonial se fecha a mediados o finales del siglo VIII a.C. Tales parecen ser las fechas de los niveles más antiguos de Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) (Azuar *et al.*, 1998: 117; González Prats, 1998; González Prats, Ruiz Segura, 2000; Rouillard *et al.*, 2007) y de las primeras importaciones en Peña Negra/Les Moreres (González Prats, 2002: 376) o en Los Saladares (Orihuela, Alicante) (Arteaga, 1982). Cronologías del siglo VIII se han defendido también para algunos contextos de la desembocadura del Ebro, como la fase más antigua de Barranc de Gàfols (Ginestar, Tarragona) (Sanmartí *et al.*, 2000: 187) aunque es una constatación anecdótica en el contexto local. Independientemente de los matices cronológicos que plantean las primeras importaciones fenicias al norte del Vinalopó, lo más destacable es que se vinculan a la diáspora comercial fenicia y que, a lo largo del siglo VII y la primera mitad del siglo VI a.C., se ad-

vierte un claro incremento de material fenicio importado.

Dejando a un lado la escala global de análisis, que permite pulsar las dinámicas coloniales y comerciales a nivel peninsular o mediterráneo, un enfoque en lo local da protagonismo a los grupos humanos que usaron los objetos en movimiento. Se acentúan las lógicas sociopolíticas locales y se entiende el cambio social en relación con los desarrollos internos (Gosden, 2004: 17; Vives-Ferrándiz, 2005: 46), pues la dinámica externa no siempre es el elemento estructurante más importante (Stein, 1999: 24 y 43; Dietler, 1998: 296 y ss.). De este modo, la articulación de los encuentros se expresa en dos contextos locales que responden a sendas dinámicas históricas determinadas por la interacción entre los grupos indígenas y fenicios y que he etiquetado como «intercambios y colonias» e «intercambios sin colonias».

Por un lado tenemos el área meridional, especialmente en el entorno de la desembocadura del Segura, a lo largo de todo su curso y el del río Vinalopó. Se caracteriza por contactos intensos entre fenicios e indígenas y, de hecho, entre el Ebro y el Segura el único asentamiento que, hasta el momento, puede responder a las características de una fundación fenicia se sitúa en el entorno de la desembocadura del Segura. Por otro lado, se define el área septentrional como un espacio donde habría actividades de intercambio con una frecuentación fenicia esporádica<sup>1</sup> (Vives-Ferrándiz, 2005: 167).

### Cultura material y prácticas sociales en los escenarios coloniales

*El contexto meridional: convivir, producir y enterrarse*

La arqueología identifica una dinámica de creación y abandono de asentamientos desde fina-

1. Utilizo el término «esporádico» con el ánimo de comparar con el contexto meridional, donde las dinámicas son a todas luces más intensas. Es una cuestión cuantitativa más que cualitativa y con ello no pretendo minimizar el papel de estas importaciones en los desarrollos posteriores del ámbito septentrional.

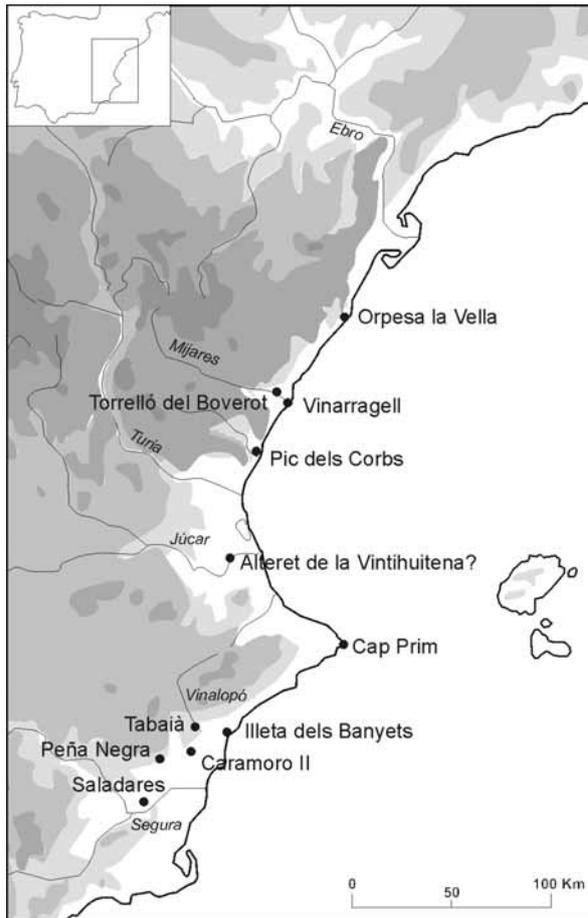


Figura 3. Asentamientos indígenas del Bronce Final situados en la costa y en las principales vías de comunicación fluvial.

les del siglo VIII a.C. en las cuencas bajas del Segura y el Vinalopó, como Caramoro II (Elche, Alicante), el Tabaià (Aspe, Alicante), Los Saladares, Peña Negra, Hacienda Botella (Elche), Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante) o Fonteta, entre otros de Murcia que responden a fenómenos coincidentes (González Prats, 2005: 800). La existencia de dos enclaves tan próximos como Cabezo del Estaño y Fonteta, distanciados por solo dos kilómetros, es significativa de la dinámica territorial de la fase inicial de la situación colonial y en la que, sin duda, jugaron un papel activo los grupos indígenas: en ambos hay materiales de tipología fenicia desde los momentos iniciales de sus ocupaciones, pero solo el primero de ellos presenta evidencias de fortificación en la fase más antigua. Ésta es una plataforma de mampuestos con dos lienzos paralelos enlucidos a la que, en otra fase, se le adosan elementos de

planta cuadrangular a modo de contrafuertes (fig. 4). Paralelos para la primera fase se encuentran en yacimientos del Bronce Final del entorno como Caramoro II (González Prats, Ruiz Segura, 1992; Moret, 1996: 485) (fig. 5).<sup>2</sup> En las fases iniciales de Fonteta no hay fortificación identificada, y las estancias presentan alzados de tapial o adobe y agujeros de poste. Son destacables las actividades metalúrgicas diversificadas (González Prats, Ruiz Segura, 2000: 29).

Cabezo del Estaño se vincula en parte al ámbito indígena, a juzgar por los paralelos de los paramentos de su fortificación, pero se ha llegado a definir como asentamiento fenicio filial de Fonteta (González Prats, 2005: 803) debido a las supuestas casamatas. Con todo, conviene señalar que las relaciones asimétricas de poder entre colonizadores y colonizados (suponiendo que podamos definirlos así en este caso) no son una característica de todas las situaciones coloniales, y menos aún en sus fases iniciales (Dietler, 1995: 95 y 101). El concepto clave aquí es el de la *intensidad* de los contactos entre los grupos indígenas y fenicios, como corresponde a una situación colonial definida por la interacción social estrecha. Ejemplo de ello es la proximidad entre Cabezo Pequeño y Fonteta y la combinación de cultura material de diversos orígenes en los niveles iniciales. Examinaré ahora el papel que juega la cultura material en las prácticas diarias productivas y de consumo a través de dos yacimientos ocupados desde el Bronce Final: Los Saladares y Peña Negra.

Los Saladares es un pequeño asentamiento sobre una loma en el valle del río Segura. El periodo más antiguo, fechado en torno al siglo IX a.C., se define por una facies material típica del Bronce Final local y las importaciones de tipo fenicio a torno se fechan a partir de finales del siglo VIII (Arteaga y Serna, 1979-1980). En los conjuntos de los siglos VIII-VII a.C. hay objetos híbridos que merecen atención detallada. Por un lado contamos con un fragmento cerámico de

2. Se ha señalado la presencia de muros perpendiculares en el paramento interior a modo de casamatas (González Prats, García Menárguez, 1997, 94; González Prats, 2005, 803), pero en las plantas publicadas no se aprecian tales estructuras.



Figura 4. Plantas publicadas de la muralla de Cabezo Pequeño del Estañó en los sectores I y II (según García Menárguez, 1994).

cuenco o plato de engobe rojo realizado a torno (fig. 6.3), pero cuya tipología encuentra una estrecha similitud con cuencos a mano característicos del Bronce Final local (fig. 6.1) y los platos de engobe rojo fenicios (fig. 6.2). La pasta con la que está hecha esta pieza es similar a la empleada en la cerámica a mano, con desgrasante grueso, visible y muy abundante, y no es una excepción, ya que hay otras de tipología similar pero realizadas a torno y pintadas. Sus pastas no son las típicas pastas fenicias malagueñas y to-

das ellas están expresando la existencia de procesos de convergencia tipológica del máximo interés, a partir de referentes formales conocidos pero con tratamientos distintos: bien con engobe rojo o bien con bandas de pintura.

El panorama material de Los Saladares, además, se completa con un conjunto de imitaciones a mano de formas fenicias, como una lucerna fenicia, cuencos de engobe rojo fenicio, tanto los carenados de borde vuelto como los de bordes oblicuos, sin resaltes (fig. 6.5-7), o ti-

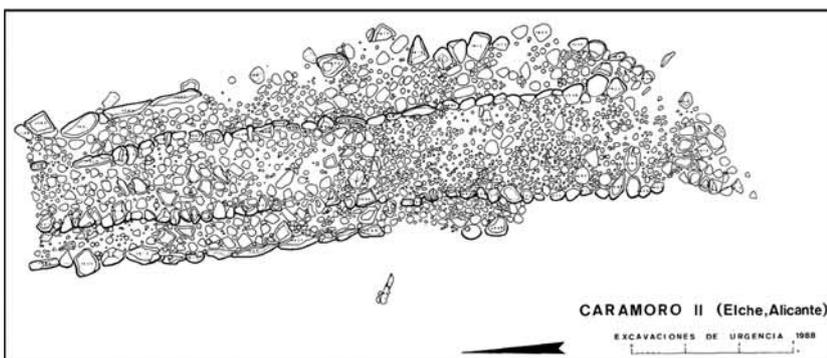
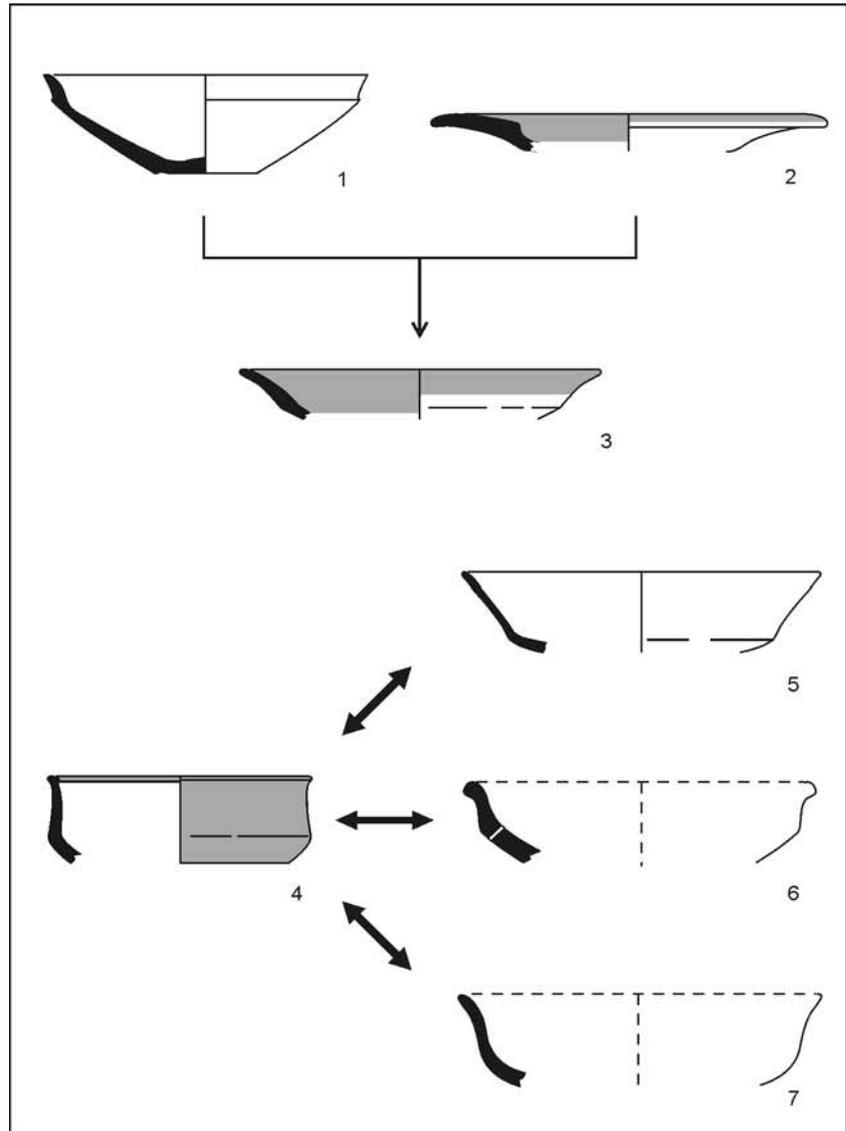


Figura 5. Parte del lienzo de fortificación de Caramoro II (según González Prats, Ruiz Segura, 1992).

Figura 6. Cerámicas de Los Saladares. Arriba: hibridación (3) cuyas referencias formales son cuencos a mano (1) y platos de engobe rojo a torno (2). Abajo: imitación de cuencos de engobe rojo a mano.

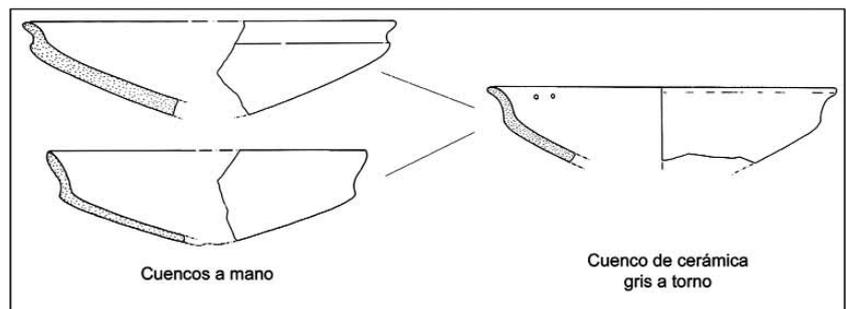


najas pintadas también de tipo fenicio. Aunque mantengo el término «imitación» para todos estos ejemplos, se trata de un fenómeno ya visto: mientras los ejemplos anteriores aglutinaban diferentes elementos culturales que contribuían a crear nuevas formas –todas ellas a torno–, en es-

tos también encontramos una pieza de tipología fenicia, inexistente en el repertorio indígena previo, en un nuevo contexto local.

Desde mi punto de vista, estas piezas expresan una síntesis tipológica entre la tradición indígena en la producción a mano y las formas a

Figura 7. Cerámicas de Peña Negra (elaboración propia a partir de González Prats, 1982).



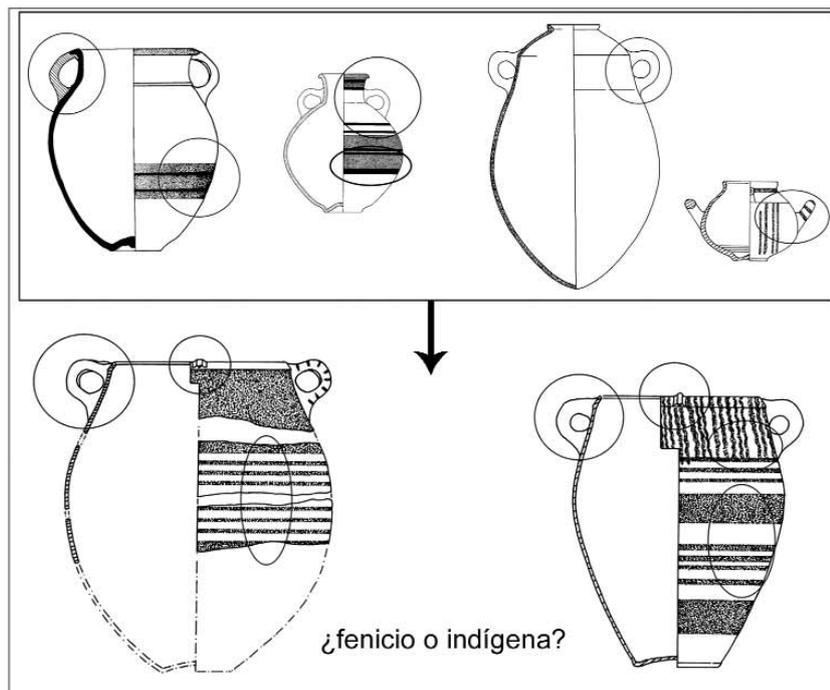


Figura 8. Tinajas de Peña Negra con elementos tipológicos que remiten a formas previas (en el recuadro) (elaboración propia a partir de González Prats, 1982 y 1985).

torno de cerámica de engobe rojo de tipo fenicio. Interpretar todas estas producciones depende de los contextos de hallazgo que, desgraciadamente para este caso, se limitan a imprecisas referencias estratigráficas. Al menos sabemos que corresponden a un periodo cronológico centrado en el siglo VII a.C. Sin embargo, se puede extraer información interpretativa si se ponen en relación con el contexto local meridional, en especial con el yacimiento de Peña Negra.

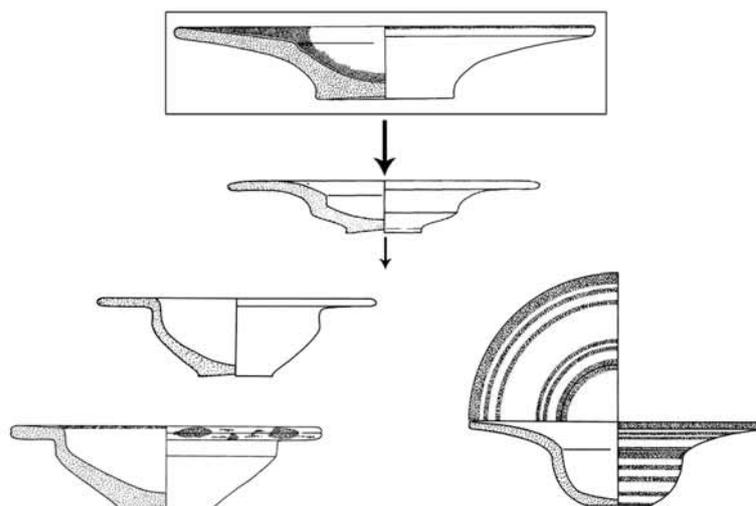
Ya he señalado, más arriba, las evidencias de actividades metalúrgicas conectadas con los intercambios Atlántico-Mediterráneo, por lo que aquí presento algunos conjuntos pertenecientes tanto a la primera fase de ocupación (PN I, 850-700 a.C.) como a la segunda (PN II, 700-550 a.C.). Al igual que sucede en Saladares, algunos cuencos de cerámica gris se asemejan tipológicamente a los platos y cuencos a mano de los repertorios del Bronce Final presentes también en el mismo asentamiento (fig. 7). Esta categoría cerámica es especialmente significativa para analizar la negociación de las identidades en el contexto colonial, al haber sido identificada como una producción particular de los grupos fenicios peninsulares; de hecho, está ausente en otros contextos fenicios a lo largo del Mediterráneo.

Otros objetos relevantes son unas tinajas que,

en sí mismas, suponen «formas híbridas» como ya señalara González Prats en la primera publicación de conjunto (1983: 100). Han sido identificadas como producciones locales y aún elementos tipológicos griegos, fenicios e indígenas para crear una nueva forma (fig. 8). Aunque la forma general del envase remite claramente a las tinajas fenicias, si se observa en detalle salta a la vista mayor complejidad en su composición. La carena y la disposición de las asas son similares a las ánforas fenicias, mientras que la forma de asas, geminadas, encuentra su paralelo en las tinajas. Pero por otra parte, las tapaderas y la introducción de las orejetas como mecanismo de cierre remiten, en parte, a elementos tipológicos griegos de las píxides y a una creación particular peninsular, constituyendo, además, uno de los ejemplos más antiguos de las llamadas urnas de orejetas ibéricas, conocidas a partir de mediados del siglo VI a.C. Por último, la decoración de los vasos ofrece elementos típicos de las producciones fenicias, como las bandas horizontales, y otros nuevos como las llamadas «cabelleras» o líneas onduladas, que constituyen un patrón decorativo típicamente ibérico.

También se pueden traer a discusión los platos de pocillo profundo y ala ancha. Están hechos a torno, aunque con diversos tipos de pas-

*Figura 9. Platos de pocillo profundo de Peña Negra. Nuevas formas que remiten a su precedente formal (en el recuadro, el plato de ala ancha de engobe rojo) (elaboración propia a partir de González Prats, 1982 y 1985).*



tas y tratamientos en sus superficies, y encuentran referencias tipológicas en los platos de ala de engobe rojo (fig. 9). Ahora bien, los sustanciales cambios morfológicos permiten considerarlos nuevas creaciones al mismo tiempo que remiten, en su concepción formal, a una referencia anterior, sobre todo en el mantenimiento del ala característica de los platos fenicios.

Por otra parte, un examen atento a las evidencias de ámbitos productivos arroja más indicadores. La existencia de numerosas estampillas y grafitos en cerámicas de producción local, y sobre todo en ánforas, halladas en Peña Negra, el Monastil y Sierra de Camara (Elda) son expresión de unas relaciones socioeconómicas específicas entre grupos indígenas y fenicios en el valle del Vinalopó. La similitud y coincidencia de las marcas –círculos estampillados o estrellas– y los análisis de pastas corroboran su producción en el entorno meridional en sentido amplio; no son, pues, objetos importados. Pero la tipología de las ánforas corresponde a los tipos de ánforas fenicias sudpeninsulares, aunque con algunas ligeras variaciones.

Las marcas sobre ánforas evidencian un interés por controlar la producción, marcar lotes o señalar contenidos, y una cooperación económica ligada a la convivencia estrecha entre los grupos involucrados. Pero la identificación de fenómenos de cooperación en el mercado de los envases de la producción agrícola implica, paralelamente, la competición con otros grupos del entorno. Solo así se puede entender la concentración de hallazgos con marcas diversas,

signos en ánforas y sus diferencias formales en un ámbito relativamente reducido. Los patrones de producción y distribución que se traslucen invitan a pensar que grupos diversos cooperan en convivencia estrecha en un mismo espacio en el que se realizan actividades socioeconómicas concretas dirigidas a la exportación de productos locales e importación de otros.

La arquitectura doméstica de ambos yacimientos ofrece un punto comparativo interesante al panorama cerámico. Hasta el siglo VIII a.C. hay construcciones de planta circular u ovoide pero a partir de este momento se documentan novedades tradicionalmente vinculadas a la llegada fenicia, a saber: plantas cuadrangulares (Los Saladares) y con ángulos redondeados (Peña Negra), e incluso paredes enlucidas con cal a partir del siglo VII a.C. El registro de Peña Negra es interesantísimo porque junto a las estructuras de planta circular se detecta la aparición de una nueva técnica constructiva como son las paredes rectilíneas en viviendas aisladas, sin adosar (González Prats, 2001: 174). Se trata de un claro patrón de apropiación indígena de soluciones arquitectónicas fenicias (Díes, 2001) porque la idea de la casa y las estructuras socioeconómicas y familiares no cambiaría, al menos durante el siglo VII a.C. (Vives-Ferrándiz, 2005: 188).

Tanto en la vajilla como en la arquitectura doméstica de los ejemplos analizados pueden identificarse elementos tipológicos fenicios o indígenas pero, al mismo tiempo, pierden este sentido para constituir otras expresiones, que

no dejan de ser sino una interacción cultural cuyo resultado es un contexto nuevo, que en la terminología postcolonial puede categorizarse como hibridación. La hibridación supone la creación de formas transculturales en situaciones coloniales, y conforma nuevos espacios sociales en los que operan nuevos significados (Bhabha, 1994: 36; Young, 2001: 348). Conectando esta idea con la práctica diaria surge el potencial interpretativo de este concepto, pues denota prácticas híbridas que son, a su vez, el efecto de prácticas de diferentes orígenes (Van Dommelen, 2006). El papel de la etnicidad se diluye desde este punto de vista, pues las categorías étnicas pierden sentido en contextos de interacción estrecha. Volveré sobre esta cuestión en los apartados finales.

El registro de dos espacios funerarios supone un contrapunto al contexto productivo y doméstico. Les Moreres es una necrópolis de inci-

neración muy cercana a Peña Negra y constituye la única referencia para evaluar las prácticas funerarias meridionales entre los siglos IX y VII a.C. (González Prats, 2002). Las incineraciones más antiguas utilizan urnas y tapaderas a mano y tienen escaso ajuar, consistente en brazaletes simples de bronce y cobre y cuentas de collar. Luego, desde el momento de la llegada fenicia a la zona, se detectan cremaciones que introducen el uso de urnas y tapaderas a torno, e incluso en ocasiones se combinan con las realizadas a mano. Ante este panorama, su editor ha propuesto interpretar el cambio como la adopción de ritual fenicio por parte de las comunidades indígenas, o incluso que respondería a fenicios enterrados allí porque se vivía en una comunidad mixta (González Prats, 2002: 387).

Sin embargo, mi argumentación se basa en la consideración de las prácticas para inferir aspectos

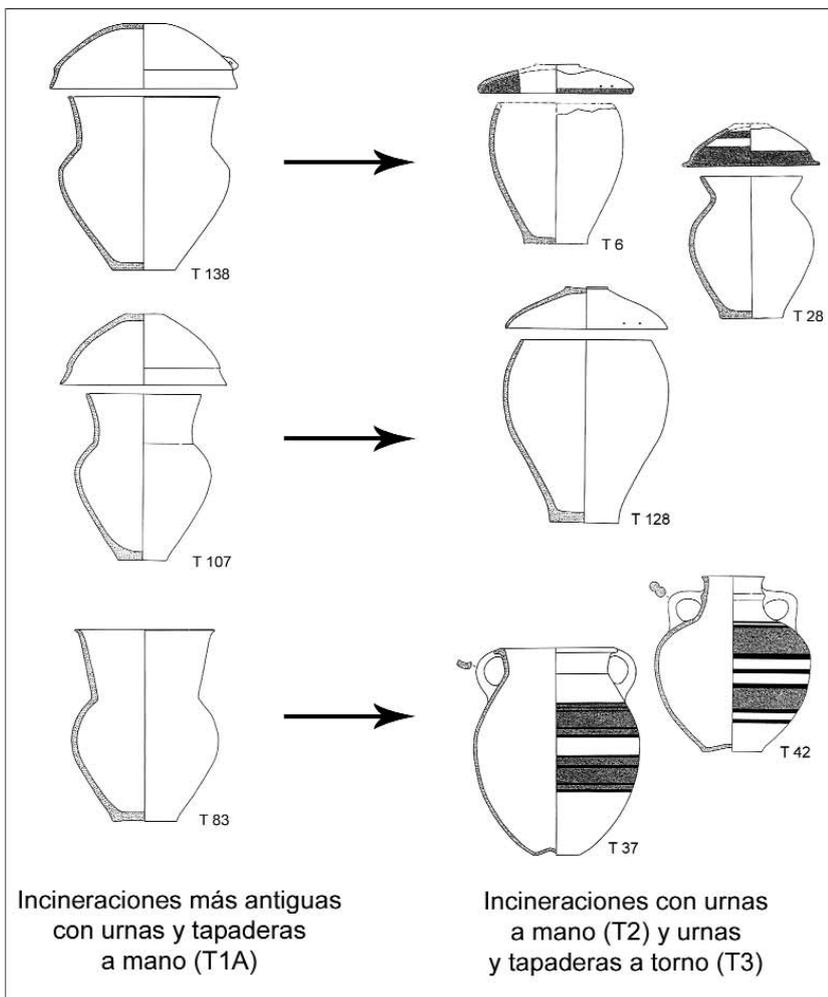


Figura 10. Apropiación de las importaciones y la cerámica a torno en Les Moreres (elaboración propia a partir de González Prats, 2002).

tos sobre los valores del grupo social estudiado. Así, si asumimos la continuidad de uso de un mismo espacio funerario a lo largo de varias generaciones, lo más lógico es suponer que lo está utilizando el mismo grupo social. Este grupo se entronca con los enterramientos con urnas a mano del Bronce Final y, ya en el siglo VII a.C., algunos emplean urnas a torno de tipología fenicia. De hecho, se documentan superposiciones estratigráficas que afectan a urnas de diversas cronologías y que no hacen sino evidenciar claramente la memoria de su utilización por parte de un grupo social y el deseo expreso de enterrar en el mismo espacio que las generaciones anteriores. Estamos ante un caso de apropiación de importaciones porque estas cambian de función: de contenedores de productos alimenticios y vajilla de mesa pasan a ser urnas cinerarias o tapaderas de esas urnas. En definitiva, con la introducción de la cerámica a torno el ritual funerario no se ve modificado respecto al realizado con piezas a mano, de modo que lo destacable es la *continuidad en las prácticas funerarias*, independientemente de la introducción de un nuevo tipo de urna o de tapadera hecho a torno (fig. 10) (Vives-Ferrándiz, 2005: 194). La dinámica de apropiación unilateral modifica la práctica original de esos enterramientos, aunque no es una variación estructural.

Estos patrones suponen un contrapunto a los contextos domésticos y productores en los que se han definido procesos de hibridación que, sin embargo, no encuentran su parangón en este ámbito funerario. Esta contradicción es la clave para interpretar la existencia de grupos sociales diversos y las diferentes comunidades e identidades implicadas en el ámbito local meridional: la necrópolis de Les Moreres muestra las prácticas funerarias de un grupo social que mantiene una norma ritual funeraria mediante la apropiación de importaciones y cerámicas a torno que están presentes en el espacio doméstico local.

Una segunda necrópolis, Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante), completa la lectura funeraria. Se trata de una necrópolis de incineración con una cronología inicial ligeramente más reciente que Les Moreres, pues las tumbas se fechan entre finales del siglo VII y la primera mitad del siglo VI a.C. Las tumbas (más de dos decenas de ellas han sido excavadas pero solo dos pu-

blicadas por el momento) son de tipologías variadas, desde hoyos o fosas simples rectangulares de distintas dimensiones, en ocasiones con señalizaciones, hasta encachados tumulares o construcciones complejas como cámaras funerarias.

En las tumbas publicadas –la tumba 17 y la 18– (García Gandía, 2003; García Gandía, Padró, 2002-2003), los restos incinerados se depositan directamente sobre el suelo, sin recipiente alguno a modo de urna. Sin embargo, las estructuras de las tumbas, ya sean rectangulares o pseudorrectangulares, parecen las de un ritual de inhumación más que de incineración. Además, difieren claramente de las incineraciones del Bronce Final local, como las más antiguas en Les Moreres, y se alejan también de otras tumbas etiquetadas como fenicias, como algunas tumbas arcaicas de Ibiza (necrópolis de Can Partit) –en hoyos excavados en la roca o en urnas cinerarias o fosas con cremaciones *in situ*– o del sur peninsular y, también, de la costa sirio-palestina. Así pues, suponen creaciones particulares ya que, por ejemplo, algunas combinan una estructura de cámara con cenefa de cantos de tradición foránea y una superestructura tumular de tradición local.

Los objetos depositados son también significativos. En la tumba 17 (fig. 11) se deposita un quemaperfumes acompañando a una mujer incinerada, y en un segundo momento, que corresponde a otra incineración ocupando el mismo espacio, un broche de cinturón. Ambos objetos son piezas poco frecuentes en el contexto local, por lo que la decisión de depositarlos como ajuares se relaciona con su excepcionalidad, al igual que sucede con otras piezas en otras tumbas, como joyas, amuletos u otros objetos importados. En la tumba 18 los objetos depositados, de nuevo en una estructura de fosa pseudorrectangular, son también heterogéneos desde un punto de vista de su origen: dos puntas de lanza con sendos regatones, todos de hierro, un plato y un soporte anular de tipología fenicia y una botella de fayenza egipcia, dos cuentas de collar y algunos clavos.

La situación costera y la naturaleza de los objetos depositados en las tumbas de Les Casetes ha abierto un vivo debate acerca de la identidad fenicia o indígena de sus ocupantes. Haciendo

esto se adoptan posiciones dualistas y esencialistas que no tienen en cuenta la historicidad de los fenómenos de contacto cultural. Les Casetes es un excelente caso de expresión de la ambivalencia de una situación colonial en la que entran en juego diversos grupos sociales con intereses sociopolíticos diversos que se expresan en prácticas híbridas. Las tumbas y el ritual funerario suponen un fenómeno de hibridación porque diversos elementos culturales se combinan para dar forma a un nuevo contexto que no remite por completo a ninguno de los precedentes pero, en cambio, sí encuentra algunos referentes culturales; es, por tanto, un nuevo espacio con nuevos significados.

La interpretación de las prácticas funerarias

de Les Casetes debe ponerse en relación con la dinámica temporal en la que se sitúan: su fecha no corresponde a los momentos más antiguos de la presencia fenicia en este ámbito sino a cuatro o cinco generaciones después, si consideramos su llegada a finales del siglo VIII o principios del siglo VII a.C., y la fecha de la necrópolis, de finales del siglo VII y principios del VI a.C. Este importante matiz implica que la estructura social en el entorno meridional ha debido transformarse sustancialmente, no solo con el aporte de población nueva de diversos estratos sociales, sino también a través de su interacción con grupos indígenas también heterogéneos socialmente, generando procesos de hibridación cultural.

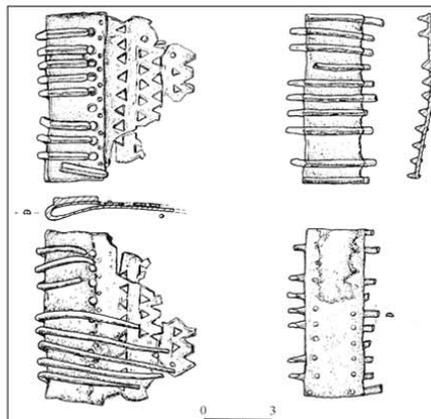
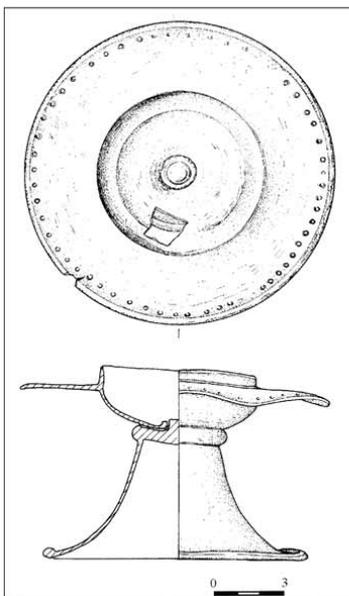


Figura 11. Estructura de la tumba 17 de Les Casetes y, abajo, quemaperfumes y broche de cinturón depositados como ajuar (según García Gandía, 2002 y 2003).

*El contexto septentrional: consumo convivial y prácticas funerarias*

El área septentrional es un ámbito de intercambios esporádicos, sin presencia permanente fenicia y limitados a algunas zonas costeras, como invita a pensar la distribución de importaciones, que además son muy concretas: se trata, principalmente, de contenedores de productos alimenticios como ánforas (10.1.1.1 y 10.1.2.1), tinajas o *pithoi*, vasos del tipo Cruz del Negro, y otros de funcionalidad específica como los trípodes. El ánfora destaca numéricamente en el conjunto de importaciones de los asentamientos<sup>3</sup> y con frecuencia es acumulada en un número que supera la decena –y el autoconsumo–, como en la habitación 17 del Torrelló del Boverot (Clausell, 2002: 13), el espacio A3 de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar, Tarragona) (García i Rubert, Gracia, 2002) o el espacio A de Aldovesta (Benifallet, Tarragona) (Mascort *et al.*, 1991). Otras categorías cerámicas, como la vajilla de mesa de tipo fenicio –engobe rojo, cerámica clara o gris– u otras importaciones griegas o etruscas, son anecdóticas en los contextos (Ramon, 1994-1996: 400; Gracia, 2000: 273; Bonet, Mata, 2000; Sanmartí *et al.*, 2000: 310; Oliver, 2004: 107), pero su presencia puntual permite constatar que las piezas llegaban y que no es un área marginada de los circuitos de intercambio (Vives-Ferrándiz, 2005: 168).

Evaluar el significado de esas importaciones en la esfera indígena depende del análisis de la naturaleza de los bienes importados junto a los contextos de uso, esto es, los patrones de consumo. Los bienes de prestigio no actúan por sí solos, ni sus significados son fijos, sino que sus valores dependen de quienes se los otorgan. Los intercambios expresan, así, la particularidad de una situación entre una expansión comercial protagonizada por los grupos fenicios y los *intereses* de ciertos grupos indígenas en asentamientos que controlan las vías de comunicación y ya existentes desde el Bronce Final como Vinarragell (Burriana, Castellón), Torrelló del Boverot (Almassora, Castellón) u Orpesa la Vella. Y

subrayo «intereses» porque se dan, como veremos, fenómenos locales en los cuales los objetos fenicios se insertan y *son utilizados* con fines sociopolíticos e identitarios.

Las importaciones fenicias, en tanto que contenedores de productos alimenticios, se vinculan al interés de los grupos –aquellos interlocutores de los intercambios– por el consumo convivial. Beber y consumir alimentos pueden ser actos sociales con funciones determinadas, la más extendida de las cuales es potenciar –y manipular– la interacción social a través de la institución de la hospitalidad. Esta puede producirse de muchos modos, pero lo más destacable es que mediante su práctica se establecen diferentes relaciones sociales; así, se pueden producir relaciones de reciprocidad u obligaciones sociales pero, al mismo tiempo, puede servir para aumentar el prestigio y el poder social o, de forma sutil, crear vínculos de dependencia (Dietler, 1990 y 1998: 302; Sanmartí, 2004: 18; Vives-Ferrándiz, 2005: 204).

Puesto que las ánforas fenicias contuvieron principalmente vino cabe plantear las ventajas sociales, políticas y económicas de la bebida en una sociedad precapitalista de pequeña escala (Dietler, 1990). Sin embargo, el vino fenicio no debió ser la primera bebida alcohólica que consumieron los grupos indígenas de la costa oriental peninsular, ya que es probable la elaboración de cerveza durante el Bronce Final, y con toda seguridad en el nordeste peninsular, como en Genó (Aitona, Lleida) (Juan-Tresserras, 1998). Aunque no dispongamos de más análisis en este sentido, el repertorio cerámico de yacimientos del Bronce Final al sur del Ebro ofrece las evidencias materiales del consumo de bebidas. Se documentan copas o pequeños cuencos de tipología variable, diferenciados en el cuidado de su factura y decoración, en el Torrelló del Boverot (Clausell, 2004: 170 y 171, láms. 4, 5 y 6), Vinarragell (Mesado, 1974: 106, fig. 58; 107, fig. 59.2; 132, fig. 75.2) u Orpesa la Vella (Barrachina, Gusi, 2004: figs. 2, 4 y 5) (fig. 12). La práctica de la bebida existía antes de la llegada del vino fenicio; en consecuencia, el hecho de que los grupos indígenas del Bronce Final ya tuvieran conocimiento de bebidas alcohólicas –con los usos sociales, económicos y políticos que ello posibilita– permite matizar sensi-

3. Cómputos recogidos por Asensio (2005: 557), y Vives-Ferrándiz (2005: 175).

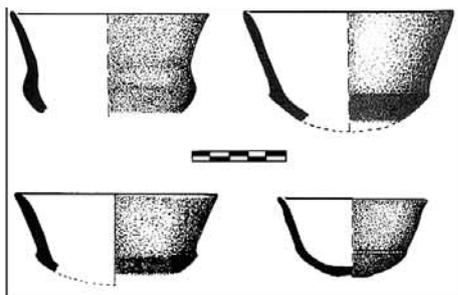


Figura 12. Copas a mano de la fase del bronze final del Torrelló del Boverot (elaboración propia a partir de Clausell, 2004).

blemente la interpretación de la presencia de las ánforas vinarias fenicias: su demanda tenía sentido en el entramado social indígena.

La nueva bebida se integró en las prácticas existentes, siendo apreciada por su similitud genérica con las bebidas conocidas, la cerveza entre otras posibles, quizás consumida de la misma manera, y sería un bien apropiado en términos indígenas. Pero eso no es todo porque, paralelamente, se identifican nuevas prácticas de consumo a partir de las evidencias materiales de las importaciones. Las asociaciones entre las ánforas fenicias y los trípodes fenicios son recurrentes en los contextos en estudio (fig. 13) y, puesto que son morteros, cabría relacionarlos con prácticas de consumo, de comida y de bebida, novedosas. No podemos descartar el uso de trípodes en ámbitos culinarios como morteros de alimentos sólidos, y por tanto vinculados a otros contenidos de las importaciones, como salazones, constatados en el Torrelló del Boverot (Juan-Tresserras, 2002), u otros productos no identificados. No obstante, me inclino a pensar que se usaron, sobre todo, para machacar sustancias o hierbas para añadir al vino, consumiéndolo de este modo aromatizado o edulcorado según una práctica identificada también en Etruria meridional y el Lacio (Botto, 2000 y 2002; Vives-Ferrándiz, 2005: 204 y ss.). La mezcla del vino con otras sustancias, por un lado puede potenciar su sabor pero, por otro, también camufla el vino picado o deteriorado por el transporte, por lo que debió de ser una práctica relativamente extendida.

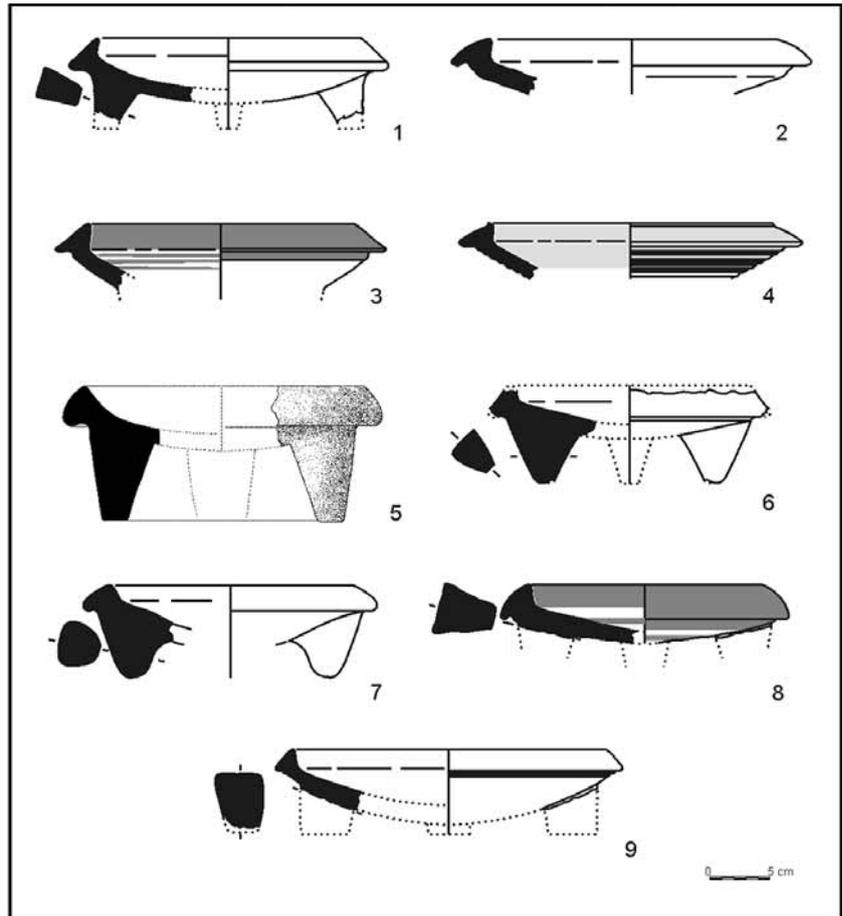
La cuestión del recipiente para beber abre otras perspectivas relacionadas con el consumo y la categorización de las importaciones fenicias.

El panorama material invita a pensar que la vajilla vinculada a estas prácticas conviviales está formada por el servicio de cerámicas indígenas. Pequeñas copas o cuencos profundos realizados a mano destacan en los contextos con importaciones fenicias por su tratamiento –superficies bruñidas o alisadas e incluso a veces con decoración–, diferente del de otras piezas a mano, como los grandes contenedores y vasos carenados de perfil en S, de pastas gruesas y superficies toscas. Las fases iniciales de los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), fechadas en los siglos VII-VI a.C., ofrecen un espectacular y amplio espectro de piezas funcionalmente aptas para la bebida: vasos hechos a mano con decoraciones incisas, pintadas, y superficies grafitadas. Otros ejemplos de copas a mano proceden de los contextos arcaicos de Barranc de Gàfols, Aldovesta, Ferradura (Ulldecona, Tarragona) o Sant Jaume (Vives-Ferrándiz, 2005: 206) (fig. 14).

En definitiva, dado que las importaciones indican un interés por su consumo, en consecuencia la demanda se relaciona con la lógica política y social de los grupos que la controlan; es selectiva, concreta y específica (Appadurai, 1986: 31). Aquí, la demanda está claramente orientada a la obtención de bienes alimenticios –sobre todo vino– por las ventajas sociales que su posesión otorgaba en el contexto local. Los objetos fenicios no son irresistibles por sí mismos, ni son causantes de cambios sociales, sino que se canalizan y se seleccionan de acuerdo a gustos y circunstancias socioeconómicas particulares, de modo que el intercambio adquiere sentido en el propio contexto. Igualmente, en la expansión colonial moderna los objetos europeos no fueron absolutamente codiciados a lo largo y ancho del planeta, y los intercambios en los que circularon se entienden mejor en términos propios. Por ejemplo, en las Marquesas, ciertos grupos valoraban tanto sus cerdos, relevantes para su consumo en fiestas, que solo aceptaron intercambiarlos a los europeos por ovejas, porque se vieron como un tipo de cerdo, o por pájaros, valorados por sus plumas usadas en ceremonias; pero, en cambio, nunca se vieron seducidos por las hachas de hierro (Thomas, 1991: 95 y ss.; Sahlins, 1985).

Volviendo a nuestro caso de estudio, la distribución –controlada– de estos bienes entre indí-

Figura 13. Cuencos-trípode importados. Vinarragell (1-3), Orpesa la Vella (4), El Castellet (5) (según Gusi, Sanmartí-Grego, 1976-1978), El Palau (6), Puig de la Nau (7 y 8) y Torrelló del Boverot (9).



genas es la base de una estrategia encaminada a la obtención de capital social a través de la distinción (Bourdieu, 1979), o el mantenimiento de las relaciones de poder mediante la promoción de instituciones sociales como las actividades festivas, porque el valor de estos bienes no reside tanto en su acumulación sino que se adquiere en el mismo proceso de consumo o de preparación.

Las prácticas funerarias entre las comunidades indígenas del área que nos ocupa en torno al siglo VIII a.C. consisten en la incineración y la deposición de los restos en urnas cerámicas en hoyos. Por ejemplo, las conocidas como «urnas del Boverot» (Bosch Gimpera, 1953) son urnas a mano depositadas en hoyos con un plato, también hecho a mano, como tapadera.

Las evidencias funerarias del siglo VII y principios del VI a.C. ofrecen un contrapunto a este patrón. Muy cerca del lugar del hallazgo de las urnas del Boverot, en el entorno del asentamiento del Torrelló, se localizaron tres enterramientos de incineración, dos en urnas del tipo Cruz del Negro y uno en una tinaja fenicia sud-

peninsular (Clausell *et al.*, 1998: fotos 6, 7 y 14). Algo más al sur, en Lliria, las incineraciones del collado de la Cova del Cavall o de El Puntalet se ubican en tinajas de procedencia sudpeninsular e indeterminada y vasos del tipo Cruz del Negro (Mata, 1978). Otros ejemplos funerarios en la actual provincia de Castellón serían los de La Montalbana (González Prats, 1975: fig. 3), El Gaidó (La Pobla Tornesa, Castellón) (Ripollés, 1978) o el supuesto enterramiento de Zucaina/Cortes de Arenoso.

En consecuencia, si las urnas del Boverot pueden considerarse como el precedente en el ritual funerario indígena, se infiere, por tanto, que la incorporación de importaciones como urnas y tapaderas no cambia en absoluto la realización práctica de ese ritual (fig. 15). En definitiva, bien sean vasos del tipo Cruz del Negro o similares como en los primeros casos, o ánforas como en El Gaidó, en todos ellos se muestra un patrón similar en la apropiación de objetos foráneos, que están al servicio de prácticas funerarias sin cambios en el ritual.

### Poder, estrategias sociales y tradiciones inventadas

Al tratar cualquier aspecto de un encuentro cultural subyace la cuestión del modo que los individuos tienen de enfrentarse a cosas y personas nuevas y cuáles son los mecanismos de valoración y categorización de esas novedades. En este punto la atención a las prácticas y las diferentes estrategias desplegadas para expresarla es esencial en tanto que son marcadores de identidad. Por ello son tan interesantes los patrones de apropiación, incorporación o recontextualización de los objetos que constituyen el mundo colonial (Thomas, 1991: 186).

El desarrollo histórico de los contextos coloniales puede analizarse a través de las relaciones de poder y los fenómenos sociales derivados de su legitimación y transmisión (Vives-Ferrándiz, 2005: 219 y ss.). Aunque el ejercicio de la autoridad se produce de diversas maneras, en el caso que nos ocupa son las formas de consumo festivo y los contextos funerarios los que mejor expresan la ideología de los grupos sociales por ser, sobre todo, más visibles.

Diversas prácticas sociales en los casos analizados se identifican como estrategias ideológicas de invención de la tradición (Hobsbawm, Ranger, 1983) que cumplen con una función de naturalización de la dominación bajo la forma de una violencia simbólica. Hobsbawm ya señaló que inventar tradiciones es esencialmente un proceso de formalización y ritualización mediante mecanismos de cohesión para estructurar las relaciones sociales caracterizado por su *referencia al pasado*, característica que aquí se da, además, junto a la apropiación de importaciones fenicias y novedades materiales.

Empezaré con las celebraciones festivas y el consumo de vino identificado en el ámbito septentrional. El uso de trípodes frente a otros morteros para ejecutar la práctica de beber vino aromatizado es una diferencia pertinente. Cualquier mortero podría haber servido para este fin pero se trata de una cuestión que va más allá de lo funcional; lo conveniente es realizar esta práctica con el trípode porque supone un criterio de distinción en la práctica de bebida indígena. La prueba es que hay un interés por el uso del trípode en contextos específicos, bien sean

trípodes de importación –los primeros que llegan–, o bien producciones locales que incluso pueden coexistir con los anteriores. Y además el uso de copas a mano para beber –muestra del concurso de la lógica indígena en estas prácticas– es, desde mi punto de vista, la expresión de una continuidad con el pasado indígena, que ya conocía la existencia de bebidas alcohólicas.

Por ello defiendo que la adopción de una práctica de consumo de vino aromatizado es, a la vez, una novedad y una tradición: una invención de la tradición esgrimida por los grupos dominantes porque ofrece un mecanismo de distinción, de cohesión social y consagración del poder. Novedad en el uso del vino y del trípode, y tradición en la copa o en la misma práctica de bebida alcohólica. Los elementos de continuidad con el pasado son importantes porque otorgan la idea de tradición, naturalizan los actos y los mensajes y disimulan los cambios sociales a los que estos grupos se quieren seguir vinculando. Esta hibridación de elementos nuevos y tradicionales indica una ambigüedad del ritual propia de un trabajo ideológico de naturalización.

Otros ejemplos de tradiciones inventadas corresponden a los rituales funerarios. En el caso de Les Moreres, el ritual funerario del grupo (o grupos) enterrados es ambivalente porque, por un lado, se reclama heredero del pasado al enterrarse en el mismo espacio y con un ritual similar al precedente, pero introduciendo una innovación en el uso de piezas a torno. Desde mi punto de vista, el concepto de invención de la tradición es aplicable a este caso porque es elocuente la conexión con el pasado de estos grupos en un contexto –doméstico y productivo– de cambios significativos, ya que se identifican patrones de hibridación. Se ponen en marcha estrategias ideológicas con el objetivo de simbolizar la cohesión de grupo a través de prácticas conservadoras. En otras palabras, se busca el mantenimiento de la doxa como el conjunto de disposiciones y estructuras dadas por sentado (Bourdieu, 1994: 129) en prácticas que remiten al pasado.

En Les Casetes, por otra parte, se entierra a los componentes de un grupo social que *utiliza* ideológicamente el espacio funerario para construir sus identidades en una sociedad en que era

conveniente que las diferencias entre grupos fueran remarcadas. Los objetos particulares y las estructuras funerarias sin paralelos en el entorno se combinan con un ritual particular y ostentoso porque, en conjunto, son una garantía de distinción. Grupos con cierto poder instauran prácticas distintivas para instituirse, constituirse y reforzarse, que supusieron el inicio de un proceso de competición y exhibición social creciente. Afirmando de manera conspicua su posición a través de la ostentación y el gasto o la acumulación, se crean signos de estatus reconocidos por la formación social y a través de los cuales uno se da a conocer y se hace ver ante los demás (Bourdieu, 1980: 226). Las tumbas analizadas son indicadores arqueológicos de individuos dominantes –habría que ver si también aglutinan linajes– pues concentran símbolos de riqueza para definir quién tiene el poder y la autoridad, siguiendo un patrón conocido y repetido para el cambio cultural que se asocia con el fenómeno orientalizante (Aubert, 2005: 121).

128

Al igual que en los casos anteriores, la continuidad con el pasado otorga tradición y naturaliza los mensajes. Ahora bien, al formar parte de la propia estructura colonial, la ideología que transmiten es, paradójicamente, una ideología híbrida porque ellos mismos eran ya grupos culturalmente híbridos. Este fenómeno supone un ejemplo de la potencialidad subversiva de la hibridación (Van Dommelen, 2006), que se expresa en términos de ambivalencia y ambigüedad en la negociación de las identidades sociales en el contexto colonial meridional.

### Consecuencias de los encuentros: nuevos mundos e identidades

Este trabajo ha pretendido mostrar que un encuentro cultural puede ser examinado desde puntos de vista que superen las perspectivas aculturacionistas y las clasificaciones simplificadoras que basan en la etnicidad la variable esencial, casi la única, para analizar los grupos implicados. Además, dar etiquetas étnicas fijas a los objetos contribuye a situar el debate en un callejón sin salida, de modo que conviene huir de esencialismos al confrontar objetos y cultura (Upton, 1996: 3; Jones, 1997: 123).

Otras posibilidades para entender los grupos en contacto pasan por estudiar prácticas y distinguir los usos que tuvieron los objetos y los objetivos asociados (imitaciones, resistencias, adhesiones) en la construcción de las identidades y la dinámica de las relaciones de poder. Así se penetra en las relaciones sociales y grupos de estatus, género, parentesco o afiliaciones que definen el espacio social. En este caso, se han examinado las dinámicas del encuentro colonial entre indígenas y fenicios en el País Valenciano planteando que ante la presencia de nuevos grupos y nuevos contextos sociales la repetición de las prácticas (*habitus*, siguiendo a Bourdieu) se modifican o transforman, pues se trata de hacerlos significativos para los grupos implicados (Lightfoot *et al.*, 1998: 201; Vives-Ferrándiz, 2005: 41).

La presencia fenicia en los valles del Segura y el Vinalopó supuso un nuevo marco de relaciones sociales, no solo para los recién llegados sino también para las comunidades indígenas, que además eran socialmente heterogéneas. La transformación se identifica en nuevas formas culturales y elementos materiales que no son solo el resultado de imitaciones, sino un cambio cultural que entiendo en términos de prácticas híbridas como efecto de prácticas de diferentes orígenes y tradiciones.

Por ejemplo, algunos objetos en contextos domésticos pierden su sentido original –si es que tienen alguno...– y contribuyen a expresar la visión del mundo y los valores sociales de cada segmento social. Así, la coexistencia de cerámicas a mano y a torno, de tipologías indígenas y fenicias y al mismo tiempo con imitaciones y producciones híbridas en varios sentidos, no pueden adscribirse a un grupo social partiendo de una dualidad fenicios-indígenas; en cambio, se explican mejor vinculándolas a relaciones sociales dinámicas –de género, edad, parentesco o estatus– que, no obstante, son susceptibles de ser más definidas en la documentación material. El análisis de la vajilla de Los Saladares o Peña Negra muestra que la transformación operó en la práctica diaria de la esfera doméstica. Vasos, platos o cuencos, todos ellos elementos de uso diario en la alimentación de los grupos que allí habitaron, participaron activamente en las relaciones sociales de los

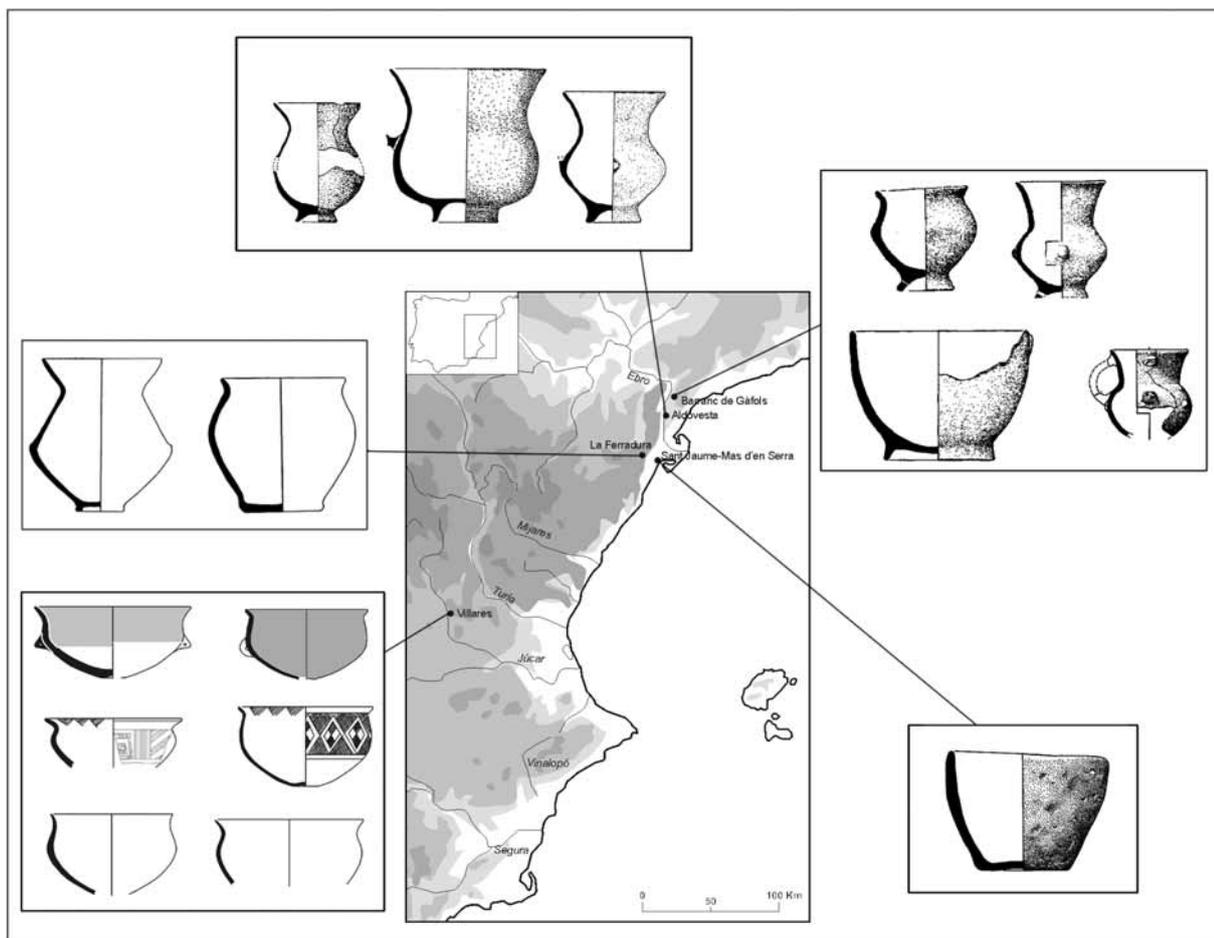


Figura 14. Copas a mano de Barranc de Gàfols, Sant Jaume, Los Villares, Aldovesta y La Ferradura (elaboración propia a partir de Sanmartí et al., 2000; Garcia i Rubert, Gracia, 2002; Mascort et al., 1991; Maluquer, 1983).

individuos, relaciones pendientes de definir en todas sus dimensiones.

La intensidad del contacto a partir de la instalación de población foránea y las relaciones de interdependencia diversas permiten pensar en la existencia de uniones y alianzas mixtas para ámbitos domésticos (Peña Negra, Saladares) o alianzas socioeconómicas en ámbitos productivos (Peña Negra, Monastil, Benimaquia). Si así fuera, y es muy posible, no tiene sentido debatir si el descendiente de una unión mixta es fenicio o es indígena en términos absolutos y duales. Desde luego que el grado de integración entre los sectores sociales condicionará las estrategias de cada unidad familiar, grupo o segmento social, pues cada grupo percibirá el contexto acorde a su situación (Lightfoot, Martínez, 1995; Van Dommelen, 2006). Las relaciones de poder introducen conceptos transversales más allá del criterio étnico: siguiendo a Gramsci, por ejem-

plo, una distinción relevante es la que se produce entre dominante y dominado (Crehan, 2004: 129) aunque también podemos pensar en otras distinciones en base al género, el estatus o la edad.

Para el ámbito septentrional he defendido que las importaciones son la expresión de un capital simbólico –como forma de dominación y ejercicio de autoridad– que ciertos grupos controlan porque podían hacerlo debido a que, sencillamente, los mecanismos internos de desarrollo son *previos* a su llegada. El comercio fenicio no causa los cambios en las comunidades locales, sino que éstas ya estaban en proceso de cambio. Ciertos grupos indígenas aprovechan las posibilidades de promoción social que la canalización –y restricción!– de nuevas relaciones sociales les ofrece.

La capacidad de apropiarse de las importaciones por parte de los indígenas es un proceso

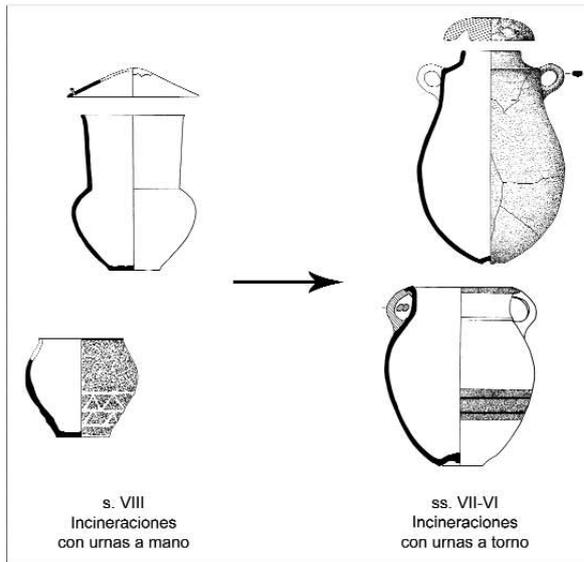


Figura 15. Apropiación de las importaciones en las prácticas funerarias del ámbito septentrional.

de reinterpretación creativo y dinámico (Thomas, 1991: 105; Dietler, 1998: 300) que implica la puesta en marcha de estrategias conservadoras para mantener un orden existente; pero por otra parte, los artefactos también pueden crear valores nuevos. Ilustran el primer caso ciertas importaciones que se asimilaron a valores existentes de consumo de bebida, como evidencia el uso de la copa a mano, y de ahí su interés. Pero además eran objetos novedosos y ostentaban por sí mismos la distinción, lo cual abre las perspectivas del segundo fenómeno, con la creación de valores nuevos; por ejemplo, en el simple consumo de vino, asociado a las bebidas conocidas por los grupos indígenas pero que ciertas esferas sociales, en conexión privilegiada con los comerciantes de esos productos, beben de un modo específico mediante la adición de sustancias machacadas en los trípodes. Se definen, así, diversas prácticas de bebida que naturalizan divisiones de grupo o clases, pues en este tipo de sociedades los círculos de relaciones se segmentan a través de estilos de consumo (Goody, 1995: 239). Estos ejemplos muestran que el significado de la cultura material importada no es estable sino que depende de los contextos en los que se en-

cuentra, los cuales determinarán su tratamiento y uso.

En las situaciones de contacto cultural se transforman ámbitos sociales, pues todos los grupos encuentran escenarios para re-negociar identidades en las prácticas diarias. El poder explicativo de la teoría de la práctica radica en la reproducción de prácticas culturales (unas repetidas diariamente, inconscientes; pero otras conscientes, manipuladas buscando un fin determinado) que deja lugar a la creación de nuevas, cuya característica más destacable es que encajaron aceptablemente en sus percepciones de aquello que podrían considerar propio. Muchas lecturas, en cambio, siguen encuadradas en conceptos estáticos como «fenicio» o «indígena».

Al respecto, un concepto clave es que se mantienen los principios organizativos o visiones del mundo propias, adaptándolas en un nuevo contexto social. No estamos simplemente ante un espacio criollo o hibridado de manera consciente y uniforme —ello haría caer esta lectura en lo que precisamente pretende advertir— sino que se siguieron haciendo cosas según categorías culturales percibidas acerca de lo correcto, del sentido común como lo define Bourdieu. Las prácticas son extraordinariamente selectivas, y un ejemplo destacable es el de la bebida sin copas fenicias del ámbito septentrional: en este caso, claramente, no hay voluntad de establecer un servicio de mesa a la fenicia, posiblemente porque se mantuvieron aquellos principios organizativos.

He pretendido desmarcarme de lecturas que privilegian fronteras étnicas esencialistas y ven la aculturación como transformación unilateral —e inevitable— de culturas indígenas. Entiendo que los cambios identitarios no son unidireccionales ni estáticos sino que responden a procesos dinámicos en los que el consumo de cultura material (del tipo que sea, fenicio o indígena) se hace de diversas maneras, puesto que los grupos en contacto desplegaron diferentes estrategias para definirse. Esas estrategias no estuvieron simplemente encaminadas a convertirse en fenicios, o a resistir la cultura fenicia y a seguir siendo indígenas, sino a construir su propia identidad.

## Bibliografía

- ANTONACCIO, C. M. (2005). «Excavating Colonization». En: HURST, H., OWEN, S. (eds.). *Ancient Colonizations. Analogy, similarity and difference*. Londres: Duckworth, p. 97-113.
- APPADURAI, A. (1986). «Introduction: commodities and the politics of value». En: APPADURAI, A. (ed.). *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press, p. 3-63.
- ARTEAGA, O. (1982). «Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del Horizonte protoibérico en el Levante meridional y sudeste de la península Ibérica». *Huelva Arqueológica*, VI, p. 131-183.
- , SERNA, M. R. (1979-1980). «Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la península Ibérica». *Ampurias*, 41-42, p. 65-137.
- AUBET, M. E. (2005). «El "orientalizante": un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales». En: CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J. (eds.). *El periodo orientalizante* (Anejos de AespA, XXXV, vol. I), p. 117-128.
- AZUAR, R., ROUILLARD, P., GAILLEDRA, E., MORET, P., SALA, F., BADIE, A. (1998). «El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de "La Rábita", Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998». *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2), p. 111-126.
- BARRACHINA, A., GUSI, F. (2004). «Primeros resultados del estudio cerámico de las fases del Bronce Tardío y Final de Orpesa la Vella (Orpesa, Castelló)». En: HERNÁNDEZ, L., HERNÁNDEZ, M. S. (eds.). *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Villena, p. 137-145.
- BHABHA, H. (1994). *The Location of Culture*. Londres.
- BONET, H., MATA, C. (2000). «Habitat et territoire au Premier Âge du Fer en Pays Valencien». *Mailhac et le Premier Âge du Fer en Europe Occidentale. Actes du Colloque International de Carcassonne (1997)*, p. 61-72.
- BOSCH GIMPERA, P. (1953). «Las urnas del Boverot (Almazora) y las infiltraciones célticas en tierras valencianas». *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, p. 187-193.
- BOTTO, M. (2000). «Tripodi siriani e tripodi fenici dal *Latium Vetus* e dall'Etruria meridionale». En: BARTOLONI, P., CAMPANELLA, L. (eds.). *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti, Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano*. Roma, p. 63-98.
- (2002). «I contatti fra le colonie fenicie di Sardegna e l'Etruria settentrionale attraverso lo studio della documentazione ceramica». *Etruria e Sardegna centro-settentrionale tra l'età del Bronzo finale e l'arcaismo, Atti del XXI Convegno di Studi Etruschi ed Italici*, p. 225-247.
- BOURDIEU, P. (1979). *La distinction. Critique sociale du jugement*. París: Éditions de Minuit.
- (1980). *Le sens pratique*. París: Éditions de Minuit.
- (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. París: Le Seuil.
- CARROLL, L. (1999). «Communities and Other Social Actors: Rethinking Commodities and Consumption in Global Historical Archaeology». *International Journal of Historical Archaeology*, 3 (3), p. 131-136.
- CLAUSELL, G. (2002). *Excavacions i objectes arqueològics del Torrelló d'Almassora (Castelló)*. Museu Municipal d'Almassora.
- (2004). «El Torrelló del Boverot: del Bronce Medio al comienzo del Hierro». En: HERNÁNDEZ, L., HERNÁNDEZ, M. S. (eds.). *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Villena, p. 167-176.
- , FERNÁNDEZ, F., JORDÁN, M. M., SANFELIU, T. (1998). «Estudio arqueométrico de cerámicas arqueológicas del Torrelló del Boverot (Almassora, Castellón)». *La Murà. Revista del Museu d'Almassora*, p. 43-89.
- CREHAN, K. (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona.
- DÍES, E. (2001). «La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la península Ibérica (s. VIII-VII)». En: RUIZ MATA, D., CELESTINO, S. (eds.). *Arquitectura oriental y orientalizante en la península Ibérica*. Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 69-121.
- DIETLER, M. (1990). «Driven by drink: the role of drinking in the political economy and the case of early Iron Age France». *Journal*

- of *Anthropological Archaeology*, 9, p. 352-406.
- (1995). «The cup of Gyptis: rethinking the colonial encounter in early-Iron-Age western Europe and the relevance of world-systems models». *Journal of European Archaeology*, 3 (2), p. 89-111.
- (1998). «Consumption, Agency, and Cultural Entanglement: Theoretical Implications of a Mediterranean Colonial Encounter». En: CUSICK, J. G. (ed.). *Studies in Culture Contact: Interaction, Culture Change and Archaeology*. Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University (Occasional Papers, 25), p. 288-315.
- DOMMELEN, P. VAN (1997). «Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean». En: GOSDEN, C. (ed.). «Culture contact and colonialism». *World Archaeology*, 28 (3), p. 305-323.
- (2006). «The orientaling phenomenon: hybridity and material culture in the western Mediterranean». En: RIVA, C., VELLA, N. (eds.). *Debating orientalization. Multidisciplinary approaches to processes of change in the ancient Mediterranean*. Londres (Monographs in Mediterranean Archaeology, 10).
- , GERRITSEN, F., KNAPP, A. B. (2005). «Common places. Archaeologies of community and landscape». En: ATTEMA, P., NIJBOER, A., ZIFFERERO, A. (eds.). *Papers in Italian Archaeology VI. Communities and settlements from the Neolithic to the Early Medieval Period*. BAR Int. Series 1452 (I), p. 55-63.
- DOUGLAS, M., ISHERWOOD, B. (1979). *The world of goods*. Londres: Allen Lane.
- GARCÍA GANDÍA, J. R. (2003). «La tumba 17 de la necrópolis de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)». *Saguntum*, 35, p. 219-228.
- , PADRÓ, J. (2002-2003). «Una cantimplora de fayenza egipcia procedente de la necrópolis de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)». *Pyrenae*, 33-34, p. 347-364.
- GARCIA I RUBERT, D., GRACIA, F. (2002). «El jaciment preibèric de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar, Montsià). Campanyes d'excavació 1997-2001». *I Jornades d'Arqueologia: Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació* (Ilercavònia, 3), p. 37-50.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1975). «El campo de urnas de "La Montalbana" (Ares del Maestre, Castellón de la Plana)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV, p. 113-122.
- (1982). «La Peña Negra IV. Excavaciones en el sector VII de la ciudad orientalizante 1980-1981». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, p. 306-418.
- (1983). *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*. Alicante.
- (1985). «La Peña Negra II-III. Campañas de 1978 y 1979». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 21, p. 9-155.
- (1992a). «El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y sudeste de la península Ibérica». En: ALMAGRO GORBEA, M., RUIZ ZAPATERO, G. (eds.). *Paleoetnología de la península Ibérica* (Complutum, 2-3), p. 137-150.
- (1992b). «Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente, Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 49, p. 243-257.
- (1998). «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97». *Rivista di Studi Fenici*, XXVI (2), p. 191-228.
- (2001). «Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular». En: RUIZ MATA, D. CELESTINO, S. (eds.). *Arquitectura oriental y orientalizante en la península Ibérica*. Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 173-192.
- (2002). *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)*. Universidad de Alicante.
- (2005). «El fenómeno orientalizante en el sudeste de la península Ibérica». En: CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J. (eds.). *El periodo orientalizante* (Anejos de AespA, XXXV, vol. II), p. 799-808.
- , GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1997). «La colonización fenicia en el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)». *Alquibla*, 3, p. 87-102.
- , RUIZ-GÁLVEZ, M. (1989). «La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo». *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, p. 367-376.

- , RUIZ SEGURA, E. (1992). «Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó». *Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Valencia (Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 89), p. 17-27.
- , RUIZ SEGURA, E. (2000). *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura. Alicante. Comunidad Valenciana)*. Valencia: Real Academia de Cultura Valenciana.
- GOODY, J. (1995). *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada*. Barcelona: Gedisa.
- GOSDEN, C. (2004). *Archaeology and Colonialism. Cultural contact from 5000 BC to the present*. Cambridge University Press.
- GRACIA, F. (2000). «El comercio arcaico en el nordeste de la península Ibérica. Estado de la cuestión y perspectivas». *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental* (Monografies Emporitanes, 11), p. 257-276.
- GUSI, F., SANMARTÍ-GREGO, E. (1976-1978). «Asentamientos indígenas preibéricos con materiales fenico-púnicos en el área costera del Baix Maestrat (provincia de Castellón de la Plana)». *Ampurias*, 38-40, p. 361-380.
- HOBBSAWM, E., RANGER, T. (eds.) (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge.
- JONES, S. (1997). *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Routledge.
- JUAN-TRESSERRAS, J. (1998). «La cerveza prehistórica: investigaciones arqueobotánicas y experimentales». En: MAYA, J. L., CUESTA, F., LÓPEZ CACHERO, J. (eds.). *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Barcelona, p. 239-252.
- KELLY, K. G. (1997). «The Archaeology of African-European interaction: investigating the roles of trade, traders and the use of space in the seventeenth-and-eighteenth century Hueda Kingdom, Republic of Bénin». En: GOSDEN, C. (ed.). *Culture contact and colonialism* (World Archaeology, 28 [3]), p. 351-369.
- LIGHTFOOT, K. G., MARTÍNEZ, A. (1995). «Frontiers and Boundaries in Archaeological perspective». *Annual Review of Anthropology*, 24, p. 471-492.
- LIGHTFOOT, K., MARTÍNEZ, A., SCHIFF, A. M. (1998). «Daily practice and material culture in pluralistic social settings: an archaeological study of culture change and persistence from Fort Ross, California». *American Antiquity*, 63 (2), p. 199-222.
- MALUQUER, J. (1983). *El poblado paleoibérico de La Ferradura, Ulldecona (Tarragona)*. Barcelona (Programa de Investigaciones Protohistóricas, VII).
- MASCORT, M. T., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. (1991). *El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*. Tarragona.
- MATA, C. (1978). «La Cova del Cavall y unos enterramientos en urna, de Lliria (Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, p. 113-135.
- MESADO, N. (1974). *Vinarragell (Burriana, Castellón)*. Valencia (Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 46).
- MORET, P. (1996). *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*. Madrid: Casa de Velázquez, 56.
- OLIVER, A. (2004). «Fenicios y púnicos en Castellón y Valencia: contactos e influencias». *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*. Eivissa, p. 103-125.
- RAMON, J. (1994-1996). «Las relaciones de Eivissa en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro Antiguo de Catalunya». *Models d'ocupació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*. Gala (Sant Feliu de Codines), 3-5, p. 399-422.
- RIPOLLÈS, P. P. (1978). «Una incineración en un ánfora fenicia hallada en la Pobla Tornesa». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 5, p. 369-373.
- ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; SALA SELLÉS, F. (2007). *L'établissement protohistorique de la Fonteta (fin VIIIe - fin VIe siècle av J.-C.)*. Madrid (Collection de la Casa de Velázquez, 96).
- ROWLANDS, M. (1998). «The Archaeology of Colonialism». En: KRISTIANSEN, K., ROWLANDS, M. (eds.). *Social Transformations in Archaeology. Global and Local Perspectives*. Londres y Nueva York, p. 327-333.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1998). *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona.

- (2005). «*Der Fliegende Mittlemeermann*. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro». En: CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J. (eds.). *El periodo orientalizante* (Anejos de AespA, XXXV, vol. I), p. 251-275.
- SAHLINS, M. (1985). *Islands of History*. University of Chicago Press.
- SANMARTÍ, J. (2004). «From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia». *Pyrenae*, 35 (1), p. 7-41.
- SANMARTÍ, J., BELARTE, C., SANTACANA, J., ASENSIO, D., NOGUERA, J. (2000). *L'assentament del bronze final i primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)*. Barcelona (Arqueo Mediterrània, 5).
- STEIN, G. J. (1999). *Rethinking World-Systems. Diasporas, Colonies, and Interaction in Uruk Mesopotamia*. Tucson: University of Arizona Press.
- THOMAS, N. (1991). *Entangled Objects. Exchange, Material Culture, and Colonialism in the Pacific*. Harvard University Press.
- UPTON, D. (1996). «Ethnicity, Authenticity and Invented Traditions». *Historical Archaeology*, 30 (2), p. 1-7.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2005). *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*. Barcelona (Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12).
- (2006). «Notas historiográficas sobre los estudios fenicios en el País Valenciano». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXVI, p. 293-321.
- YOUNG, R. J. C. (2001). *Postcolonialism. An historical introduction*. Blackwell.